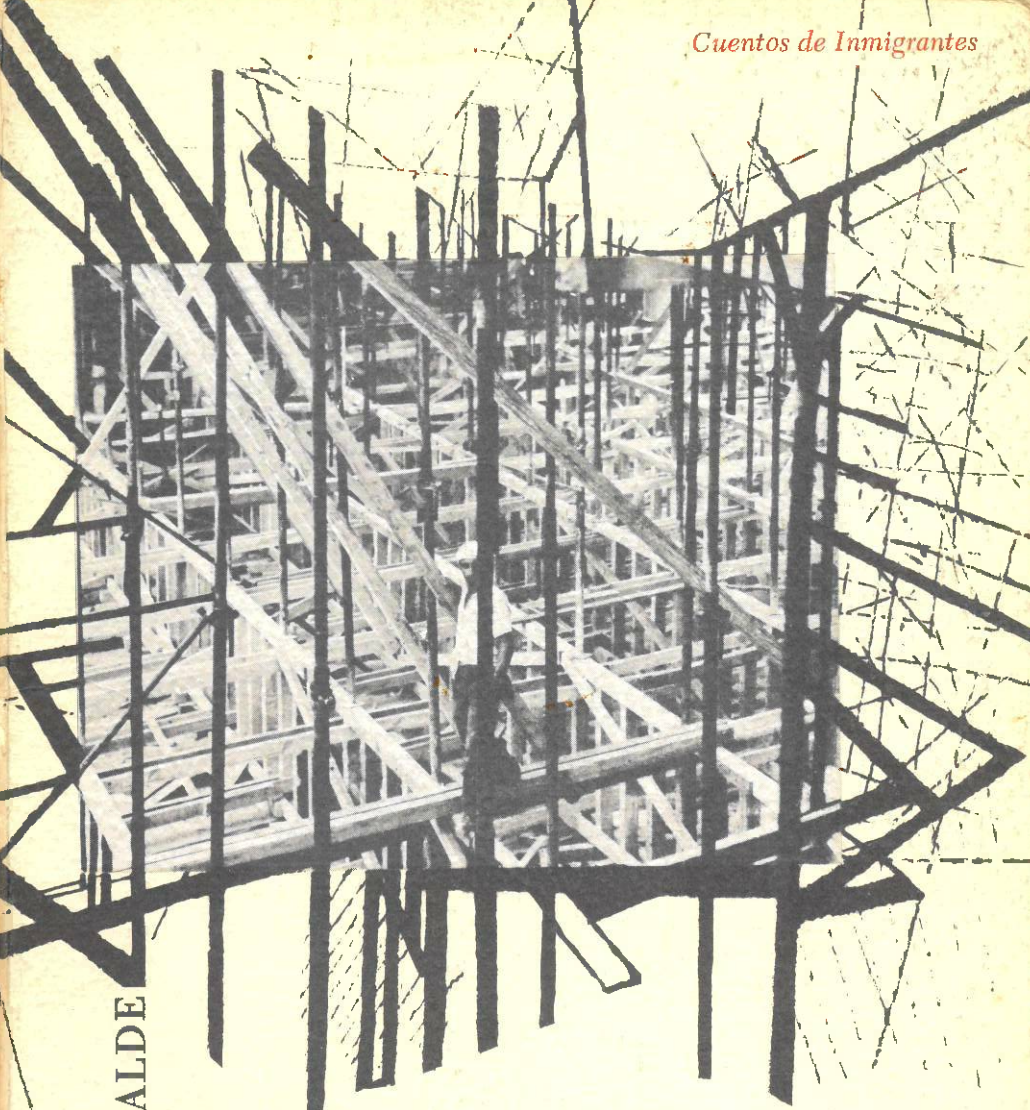


Cuentos de Inmigrantes



MARTIN DE UGALDE

La Semilla Vieja

LA SEMILLA VIEJA
Cuentos de Inmigrantes

Martín de Ugalde

*A Miren Itxaso, que tiene un año,
a Unai Ona, que ha cumplido dos, y
a Anamari, que me los ha traído.*

Cromotip - Caracas - Venezuela - 1958

Portada y diagramación de Gerd Leufert – Queda hecho el depósito que marca la ley

Indice

La luz se apaga al amanecer

Segundo premio del concurso de cuentos del diario "El Nacional", 1957

La semilla vieja

Segundo premio del concurso de cuentos del diario "El Universal", 1957

La llegada de Engracia

El asalto

El espía

La luz se apaga al amanecer

La calle de tierra era como la cama de un río muerto, y a las casuchas de madera que parecía que estaban de entierro en las orillas les nacían de noche unos ojos cuadrados y unas hendiduras como tajos por donde resbalaban unas luces amarillas de velas y lámparas de kerosén.

Cuando la mujer venía bajando por el olvidado camino del agua con la cautela de irse robando la respiración, se escandalizaron los perros, se abrieron algunas puertas, y alguien que era mujer dijo para que oyera la otra:

"¡Ahí va la puta esa!"...

La mujer continuó pasito su vacilante caminar de tacones, tropezando las piedras y los huecos, mirando al suelo, como si viera. Se cerraron, como a golpes de viento, las puertas. Los perros fueron apagando sus voces de alcahuete. Después, como a soplos se fueron borrando también las rendijas como mirillas y los ventanucos como troneras. Y cuando la calle de tierra terminó de hundirse en la noche, quedó expuesto a toda la oscuridad del mundo un huequito de luz alumbrando con humilde fidelidad de lamparilla.

Los cocuyos habían hilvanado muchas redes de luz en sus invisibles cañamazos de verde, y los perros habían dormido ya casi completo su sueño de cazo de sopa cuando los despertó como un pasitrote de tacones de la buscona, que ya respiraba desafiante sus sofocos de la llegada. Se pasaron la voz como si la odiaran. La mujer se fue derechamente a la luz y empujó la puerta.

Antes de extinguirse el clamor de perros, cuando la alborada apuntaba ya sobre el copete del Avila, la luz como de lamparilla se apagó.

– Una mujer con una niñita de tres años y un muchachito de ocho meses –dijo rascándose la cabeza una gorda en el abastos– no se pone a trabajar de noche, y dice que de camarera, si no le hace falta la noche para trabajar...

– Es que de noche no se ve –rió torpemente el pulpero.

– Pero se siente, m'hijo, que esta madrugada me volvió a despertar el muchacho, la bicha esa. Yo nunca la veo aquí; ella como que no compra en tu negocio.

– No, las putas se van cinco cuadras más abajo para ahorrar dos centavos. Aquí el que viene a veces es su marido, que trae a la muchachita para comprarle dulces. Ese hombre sí parece bueno.

– ¿Bueno?... ¡Un hombre que se queda en la casa, como un cabrón, comiendo del negocio ambulante que tiene su mujer!...

– ...¡No me digan –terció una chaparrita chupada y sucia que venía llegando– que están hablando de la húngara!... No sé qué podrá tener ese cuerpo de sapo, que le da para montar a su hija en los caballitos de la carroza del isleño dos veces al día...

La mujer es fea. Ni siquiera tiene alguna de esas cosas que a los treinta años, que no debe tener más, todavía ciegan a los hombres.

Es un cuerpo de cocinera, retaco y abombado como una tina, y la cabeza la tiene pegada al mismo hombro. La cara es cuadrada, con las quijadas abiertas, como los perros de presa. Y se viste feo. A veces se pone una bata ancha y sin talle, como un sayo. También se le ve con un gabán tápalo-todo que parece una cobija. En las raras ocasiones que sale de día se aprecia mejor el caminar torpe de esas sus dos piernas cortas y zambas, evitándose trabajosamente los tobillos de sus pies, que los tiene apuntando como las agujas del reloj a diez para las dos. A menudo lleva las manos metidas en los bolsillos, como si tuviese frío. Cuando no, se le quedan los brazos inevitablemente levantados por el gordo de las carnes que se le amontonan en los sobacos, con el aire de esos globos que ponen a volar por las fiestas.

De noche se pone unos zapatos de tacón que la levantan media cuarta, pero tan torpemente que parece que va caminando sobre zancos. Callejea por las orillas, se pega instintivamente a los muros de los jardines y de las casas, evitando las luces de las vidrieras, mirando a ratos para atrás, como si recelase algo.

Ella sabe cómo topar con los hombres. Si no basta la insinuación, va al abordaje. Casi siempre pide un cigarro. Después discute el precio en un castellano de consonantes duras como alambres. A veces continúa su camino sola, rezongando; cuando tiene suerte, acompaña al hombre sin acercársele mucho. Aprovecha todas las sombras que hay, no desperdicia un callejón oscuro. Si el hombre no tiene mejor, pues ella cuenta siempre con una pensión de a ocho bolívares la noche y de tres o cuatro el rato, depende de lo holgado.

Regresa siempre a su chamizo antes del amanecer. Es como si temiese la luz del día.

Después, apenas se la ve.

Quien sale al patio a tender los pañales, quien da los teteros al niño y quien lo acuna con canciones, quien cocina, quien va de compras, es su marido.

Es un catire pequeño, con un bigotito amarillo y unos ojos azules que sonríen al mirar. No son ojos de tímido. Miran de frente, sin turbarse. El hombre hasta tiene cierto aire distinguido que choca con su manera humilde de vestirse. Pero hay en la forma en que encorva la espalda al caminar algo que corresponde a cosa doblada dentro, en su espinazo moral.

Suele ir de compras de medio de sal, real de azúcar, cien gramos de arroz, equipado con un maletincito de cuero. Parece una manera pueril de disimular que va de compras para la cocina. A veces lleva a su hijita Kati de la mano; pero casi siempre su compañía es un perro spaniel marrón, con nobles orejas, el hocico frío y unos ojos que parecen de persona. Bodri se come todos-todos los días (lo que es un escándalo para las mujeres del barrio) una lata de carne para perro que vale un bolívar. Se cuenta que un señor ofreció por él hasta dos mil bolívares, y que al hombre no le brilló siquiera uno de sus ojos azules. Y puede ser verdad. El perro también le demuestra mucho cariño. Va siempre pegado a sus piernas, y le obedece a la menor señal.

El hombre parece tener dominio sobre sí mismo, sobre el perro, sobre la niña, sobre los que saluda con una sonrisa al cruzar, y sin embargo hay esa curvatura del espinazo y hay su esposa que le sale de noche a vender su cuerpo deforme mientras él se queda haciendo los trabajos de la casa como una mujer.

Un atardecer llegaron al barrio dos mujeres y un hombre que después de mucho preguntar fueron a parar al DDT-234, la casita de techo de zinc donde vivían los húngaros. Primero asomó al ventanuco la cabeza revuelta de la mujer, y desapareció. Luego, por la puerta, asomó su medio cuerpo el hombre.

A pesar de que fue cortés con ellos, no los hizo pasar. El visitante, que fue el que habló, dijo que los tres pertenecían a una comisión húngara de asistencia al inmigrante, a ver si podían hacer algo para ayudarlos.

– ¿Qué oficio tiene? –dijo solícita la más vieja de las dos mujeres.

– Soy catedrático, graduado en la Universidad de Budapest. Explicaba Historia y Sociología.

– ¡Ah! –dijo elocuentemente la otra, que era bastante bonita.

– He intentado trabajar varias veces de lo que sea –aprovechó la bajadita el hombre, aunque con cierto aire mortificado.

Entonces salió ella, vestida con un quimono de flores amarillas y moradas hasta el suelo, cuadrada como un biombo, los ojos abotargados, el gesto agrio.

Su marido no tuvo más remedio que presentarla.

– ¡Qué! –le cortó ella bruscamente–, ¿le vienen a ofrecer trabajo?!

Las dos mujeres de la comisión se sobresaltaron. El hombre miró sin hacer un gesto. Fue su marido el que dijo:

– No, mujer. Vienen a ofrecerse, por si nos pueden ayudar.

– ¡Ah! –rió descaradamente la mujer entrando en la casa–, ¿y qué es?!...

– Ruzsi... –rogó el hombre humildemente.

– ¡¡Si te ponen a trabajar, avísame!! –gritó ella desde dentro, y tiró la puerta.

El hombre explicó entonces con humildad, que primero trabajó como peón, pero que no podía, que se sentía morir de cansancio, y que como no sabía la lengua, pues que no podía hacer más. Que luego su mujer le encontró un empleo como vendedor de seguros entre los extranjeros, pero que tampoco pudo, que le faltaba carácter para eso.

– Y entonces –le preguntó la más vieja de las dos mujeres, con cierta dureza–, ¿qué piensa hacer?...

– Yo no he pedido nada a nadie –repuso dolido el hombre, aunque con la misma voz sin rencor de antes.

Los tres visitantes se miraron. Hubo como un acuerdo en el aire, y habló el hombre de la comisión, pronunciando claramente las palabras.

Entonces el hombre de los ojos azules que estaba oyendo el regaño se molestó. Las manos le saltaron a las solapas del predicador, y le dijo silbando las consonantes, pero bajito, para que no lo oyese ella:

– ¡Usted no toca a mi mujer ni de palabra!...

Algún vecino que vio cómo escapaba la visita tropezando las piedras del camino, corrió la voz de que había habido una denuncia contra la húngara.

Y cuando ella salió ya oscurecido, como todos los días, había un grupo de muchachos frente a la casa. La abuchearon, y hasta alguna piedra ciega le pasó rozando en la oscuridad. El hombre oyó el escándalo desde detrás de la puerta. La mujer no se detuvo. Siguió despertando, con su caminar torpe, como de zancos, el odio de los perros.

Cuando la mujer regresó eran las cuatro y media de la madrugada.

El, que estaba echado sobre la cama, sin desvestirse, se levantó a abrir la puerta en cuanto comenzaron los ladridos. La esperó con Bodri, que se había despertado en su cama de trapos.

– ¿Cómo estás así, vestido? –dijo entrando.

El cerró la puerta sin contestar. Cuando la vio un rato, sentada sobre la cama, quitándose las medias, le gritó cerca:

– ¡Has vuelto a beber, Ruzsi!

Ella volteó, le miró a la cara y le salió:

"Puff"...

Y al rato, cuando tenía la falda de su vestido a la altura de la cabeza, dijo como si fuese sólo para su forro:

– ¿Qué quieres que haga?...

El se había recostado contra la puerta. Entonces reparó en que la muchachita estaba desarropada, y llegó a cubrirla. Cuando regresó dijo a su mujer, que ya se estaba metiendo debajo de la sábana:

– ¡Esto tiene que terminar, Ruzsi!

Se conoce que no era la primera vez, porque ella echó dos vientos que fueron como dos arcadas, y abrazándose a la almohada le dijo en el mismo tono de amigo:

– Mañana me explicas cómo...

– ¡¡Mañana no, ahora mismo!!...

El grito hizo dar un brinco al osito de nariz colorada que estaba botado al pie de la cama donde dormía la pequeña. Pero ella, Ruzsi, no movió una pestaña. El hombre, ya crecido, comenzó a discursar en alta voz, cruzando la habitación de un lado a otro, que eran cinco pasos.

De pronto, ella, que parecía dormida, le interrumpió:

– No seas cabrón, Janos, y déjame en paz; vete a acostarte...

Como él insistiese en plantear el problema, ella se incorporó sobre un brazo y le hizo con el dedo un gesto de acercarse, guiñándole un ojo con esa sonrisa de media boca que suelen usar las mujeres de la calle para insinuarse.

– ¡A mí no me hagas ese gesto, Ruzsi!...

– Ven para acá, valiente, siéntate... No, aquí, a mi lado... Tú al menos eres mi marido... Ahora, dime la solución, mi amor...

– Déjame en paz –dijo el hombre rechazando la falsa caricia–. Pues sí, lo tengo resuelto, nos vamos a regresar.

– Regresar, ¿a dónde?
 – A Europa...
 – A Europa, ¿a dónde?
 – Podríamos quedarnos en Alemania, donde vivimos tan bien aquellos cuatro meses, ¿recuerdas?
 – Y allá, qué?
 – ¿Cómo que qué?... Allá yo me puedo defender mejor, puedo trabajar.
 – ¿Trabajar tú?... ¿Y por qué no trabajas aquí, ¡eh!?...
 – Tú sabes que yo, si me sacan de mis libros, no sirvo. En Alemania puedo defenderme, conozco la lengua, tengo amigos...
 – ¿Y yo, qué? –ya la mujer se había sentado del todo, junto a él.
 – Tú puedes dedicarte entonces a los hijos, como debe ser.
 – Como si no hubiese pasado nada, ¿eh? –ella parecía complacerse en mirarle derecho, apuntándolo con los ojos y preguntándole como a bayonetazos-. Y ¿dedicarme a qué hijos?
 – Pues a los nuestros, ¿a cuáles ha de ser?
 – Será a los míos –le disparó a bocajarro-; Kati sí es tuya, pero yo no sé como puedes estar tan tranquilo en cuanto a Jani, porque con esta vida que llevo ya voy para los dos años, casi desde que llegamos.
 El quedó suspendido de una cabuyita delgada como un hilo de araña, sin atreverse a mover un labio, como de miedo de romperlo y caer en un precipicio.
 – ¿Y sabes otra cosa? –insistió despiadadamente la mujer-: que estoy otra vez encinta...
 El hombre se quedó mudo.
 Eso duró varios minutos.
 – Anda, Janos, acuéstate –le dijo ella por fin con tono de lástima, recostándose contra la almohada. Y como lo viese tan asustado, añadió en una voz casi dulce-: Anda, tonto, que yo sé que todo no es culpa tuya, y todavía te sigo queriendo.
 El se levantó, como escapando de la voz dulzona de su mujer. Después rebuscó algo en un cajón del escaparate, y abrió la puerta.
 – ¿A dónde vas? –le dijo ella sin moverse.
 – Aquí, al patio... Ya regreso.
 Detrás de la casa había un patiecito estrecho colmado de ruedas oxidadas, cuadros de bicicleta, cauchos, rines viejos vueltos herrumbre, porque el que vivía aquí antes era un mecánico. El los miró un rato a la luz del amanecer.
 Después, buscó algo sobre su cabeza, y dio con un palo que sobresalía una cuarta del zinc. Acercó un cajón, se subió en él, y haló del final del travesaño.
 Dentro, toda la casa se movió.
 – ¡Janos! –le llamó ella-. ¡¿Qué haces?, ven a acostarte!...
 – ¡Ya va! –contestó él por un hueco de la pared de tablas.
 Después sacó de su bolsillo un ovillo de mecate que cabía en un puño y ató despacio un cabo al palo. Cuando comprobó que podía aguantar un peso, ella lo volvió a llamar.
 El vio a través de la rendija cómo su mujer se estaba levantando y venía por él.
 Entonces saltó del cajón y entró en la casa.

Al rato, la luz como de lamparilla se apagó.

Sería media mañana cuando se levantó.

Los niños ya estaban jugando sobre la cama. Cuidando de no despertar a Ruzsi, salió y llegó hasta detrás de la casa apresuradamente, como si hubiese olvidado algo la víspera.

Entonces cogió la otra punta del mecate, lo enlazó en el otro extremo del tejado de zinc, y colgó los pañales del niño, los vestidos de Kati y unas medias de Ruzsi.

Después, cogió su ponchera debajo del brazo y regresó a la cocina para preparar el desayuno de los pequeños.

La semilla vieja

Era uno de los últimos días de julio, cuando los pocos mangos que han escapado a la puntería de los muchachos comienzan a rendirse a la tierra solos.

– ¡Anastase! –al viejo le brotó un grito cerca–, ¡pégale otro corte!

El tractorista había bajado de su máquina en marcha y se había acercado al viejo para mostrarle una raíz.

– Yo credo –le dijo sin levantar la voz el viejo del hacha– que non sone le rádiche; é el tratore que non jala por il lado justo.

– ¿Para qué lado? –le gritó por sobre el ruido del motor el tractorista.

– Para acá, en questa direzione... –y el viejo blandió la herramienta para indicar un camino.

Cuando recomenzó la maniobra del tractor, el viejo se alejó unos metros, y acariciando el filo del hacha con su dedo gordo, que estaba agrietado y oscuro como una semilla vieja, dijo para adentro, que es donde últimamente había comenzado a meter sus cosas: "Arbol joven, que lo maten ellos, los maquinistas; ya van catorce en este mes, y el valle se está quedando sequito y arrugado. Si yo no necesitase de los doce bolívares que me dan, si tuviese oportunidad de algún otro trabajo, si no se viesen en mis arrugas los casi sesenta años que tengo, a mí no me enredan en este negocio"...

Cuando el tractor dio con el rumbo justo para derrotar a las raíces, la guaya gritó con su voz de látigo, el tractor jadeó como un toro que ha terminado de cubrir, y las recias ataduras del árbol con la tierra reventaron con estallidos secos, como tiros a quemarropa, abriendo el hueco gigante de una sepultura.

Cuando, después de los estallidos secos de tendones, terminaron de irse el lloro tierno de las hojas en su último vuelo y el crujir lastimoso de las ramas, y cuando luego el tractor regresó a ver de cerca su muerto, echado a lo largo de sus doce metros de tronco, el viejo se acercó al foso cruzado de raíces rotas mirando al vacío del cielo, y dijo como solía:

"Otro muerto".

Pero si se apiadase de cada árbol que tumban, si le afectase cada hombre que escupen, si le doliese cada mirada que ofende o cada palabra que hiere, Anastase estaba ya muerto, como el árbol.

Acostó su hacha en la tierra y se deslizó torpemente, con sus pantalones remendados con cabos de alambre, por un pequeño talud; hurgó entre un gamelotal y trepó luego a gatas, con un saquito de tela azul en la mano.

El viejo había aprendido a sonreír entre lágrimas y a comer en el hueco de una tumba.

Después hubo que cortar al árbol muerto los brazos, y trozarle el cuerpo en cinco o seis pedazos, reducirlo a carga de camión. Eso era trabajo de casi dos días para él solo.

Este desmonte estaba ya casi listo. Después posiblemente irían al otro lado de la quebrada, donde estaba trabajando el patrol que Anastase guardaba de noche.

A la luz casi blanca del mediodía, el valle entero era un solo plano amarillento y estéril. Otras veces, sobre todo en la amanecida, todo el abra le parecía una creciente enorme, un gran desbordamiento de aguas cuando engordan de tierra y se hinchan, con alguna isleta de verde asomando como náufrago sobre la hinchazón estirada del río.

A Anastase le ocurría también imaginarse aquella inmensidad como si fuese una gigantesca parcela de tierra labrada esperando las primeras aguas de abril para la siembra.

¡Claro que éstos eran pensamientos tontos que le venían a él a la cabeza, y que no los decía porque se le iban a reír!

Al anoecer, cuando regresó al depósito de materiales de la urbanización, un halo de sol en la cabeza, el bulto de mangos sobre el hombro y el hacha en la mano, le estaba esperando Nico.

– Hubo carta, papá –le dijo al llegar.

– ¿Por qué viniste hoy, si quedamos en que mañana? –Y sin otra pausa añadió–: ¿Qué dice?...

El joven como de veinte años estaba remangado hasta casi los sobacos, y con un gesto de desenfado aprendido en el cine, a lo James Dean, alzó los hombros como diciendo "todo sigue igual". Pero después, como si hubiese reparado en algo tierno, mientras el viejo dejaba el saquito azul lleno de mangos en el suelo, dijo:

– Mamá está mejor de los ataques.

Luego hubo un silencio bastante largo, que el viejo Anastase invirtió en meterse en el cobertizo de las herramientas y cambiarse de pantalón.

– ¿Y tus hermanos? –dijo asomando la cabeza.

– Giuseppe se compró la bicicleta.

– Y, ¿qué dice? –brincó medio tono la voz vieja de Anastase desde dentro del galpón.

– Nada (al joven se le antojaba que todo lo demás, los detalles, estaban ya comprendidos), que está muy contento, que ahora llega al trabajo en menos de media hora, ¿qué va a decir?...

– Ahora Tonio (el viejo estaba, sin embargo, en los detalles) querrá otra igual.

Con menos que eso había para que el viejo se quedara observando las grietas de sus manos.

– Papá –le sacudió su hijo con la voz–, ¿dónde queda el patrol?

– Ayer quedó en aquel alto, cerca de la carretera nueva. Pero hoy lo vi coger para el otro lado de la quebrada, donde llenaste la bolsa de mangos la semana pasada –explicó el viejo.

– ¿Dónde los conseguiste hoy? –preguntó Nico señalando el saquito desmoronado en el suelo.

– Hoy –se avergonzó el viejo– de un mango que tumbamos. Los vas a llevar.

– ¡Pero si vine a relevarte en el patrol esta noche!

– Quedamos en que mañana.

– Pero es para que veas la carta, y además te dejé una carne para freir en el cajón de la comida –insistió Nico.

– Y ¿qué ibas a comer esta noche? –preguntó Anastase a su hijo, que lo veía con las manos vacías.

Nico se volteó y le mostró el bulto de un pan redondo debajo de la camisa, y le sacó una latica de sardinas de uno de los bolsillos del pantalón, que lo llevaba muy ceñido en la cintura y en las piernas.

– Dámelos –le dijo el viejo– y llévate los mangos.

– Entonces –dijo resignado Nico–, ¿vengo mañana?

– Mañana, sí. Dile a Vido que le llevaré la tabla...

– ¿Qué tabla?

– Me pidió un pedazo de tabla para arreglar su camastro, que lo reventó Salvatore, que es un bruto. ¡Ah! –dijo el viejo como si de pronto recordase algo muy importante– quiero hacerte una advertencia: no toques los mandos del patrol, que la máquina puede rodar hasta el fondo de la quebrada. ¿Tú sabes lo que le pasó a Komorsky?

– ¿Qué Komorsky?

– Un polaco que murió hace dos meses en Santa Mónica... Monta en este camión que viene. Ahí está Suárez...

El camión traía su caja llena de hombres agachados. El viejo preguntó por el patrol a un trigueño con cachucha de cuero que iba sentado en el borde trasero del camión.

Cuando Nico se encaramó allá arriba con su saquito de mangos, y el camión arrancó, el hombre de la cachucha de cuero le hizo un lugar junto a él. Ya estaba el vehículo en plena bajada cuando se volteó para decirle:

– ¿No te quedas hoy?

– No –le contestó Nico alzando la voz por sobre el traqueteo del camión y el ruido de los frenos–; cosas del viejo. Dijo mañana, y tiene que ser. Yo mañana quería ir al cine.

– Tienes novia –sonrió el hombre con una malicia sin motivo.

– Bueno... –se turbó Nico sin tener por qué.

– Yo no sé –dijo Suárez para cambiar– cómo pueden ustedes dormir montados en ese asiento.

Nico alzó los hombros, y luego estiró las piernas sobre el bultico de mangos y dijo:

– Son diez bolívaes.

– ¿Cuánto gana el viejo por el trabajo del día?

– Doce.

– Es poco –dijo Suárez como para sí, pero de forma que le oyese Nico.

– Por eso es que tenemos que trabajar también de noche.

– No –repuso rápidamente Suárez, agarrándose en una curva del camión–, digo que doce es poco para el trabajo que hace el viejo, porque yo veo lo que suda tumbando y picando esos árboles.

– El viejo –dijo Nico– siempre ha sido así.

Después hubo un buen rato en que no se oyó nada más que el ruido del motor y los brincos de la caja vieja del camión, porque ninguno de los que iba con ellos hablaba tampoco.

– ¿Tú sigues en la carpintería? –preguntó por fin Suárez.

– Sí; pero si no me suben el jornal, me voy.

– ¿Cuánto te pagan?

– Sesenta bolívares a la semana.

– ¿Y qué estás haciendo?

– Llenando los sacos de viruta para la cama de los caballos en el hipódromo. Es un paisano que tiene un contrato con la carpintería: paga a medio el saco y vende a bolívar.

– ¿Cuántos sacos llenas al día?

– De doscientos a doscientos veinte, según.

Suárez puso los ojos chiquiticos, mirando a través del hueco de la cabina del camión, por donde veía carretera adelante, calculando cuánto daba el negocio. Y al cabo de un rato dijo:

– ¡Pues el negocito da como ciento cincuenta bolívares diarios!

– Bueno, cincuenta se le pueden ir en el transporte de camión y en mi jornal; pero le quedan cien bolívares limpios.

– Y el que trabaja eres tú.

– Claro –dijo Nico, y se rió.

– Y ¿por qué no te pones por tu cuenta?

– No –dijo seriamente el joven–, para eso hay que tener amigos en el hipódromo; ¿tú no sabes cómo son estos negocios de los contratos?...

La pregunta quedó prendida en una rama de cují que casi se lleva la cachucha de Suárez.

Ya habían bajado de Baruta a las afueras de la ciudad, y el camión iba a entrar en la autopista cuando Suárez dijo:

– Y ustedes, ¿adelantan tanto así con esos diez bolívares que les dan por noche por guardar el patrol? ¿Porque eso está reventando al viejo!

– Sí –le contestó Nico regresando desde algún otro pensamiento–, porque así pagamos una sola cama en la pensión y ahorramos otra, que son tres reales diarios, y que sumando a los diez bolívares, pues hacen otro jornal completo. Así son tres jornales entre los dos, que tenemos que mandar una plata para mamá y los hermanos.

– Entonces –dijo Suárez con cierta dureza– tú deberías relevar al viejo más a menudo, porque trabaja más duro que tú y está muy cansado.

– A mí me queda muy lejos desde El Cementerio; porque hasta aquí son tres cambios de autobús, que son hora y media de viaje –dijo Nico sin enfadarse–; pero yo vendría igual si no fuese por el viejo, que no me deja relevarlo sino así, una o dos veces por semana.

– ¡Ese viejo tuyo es medio fregao, carajo! –dijo Suárez levantando la voz.

– ¡¿Por qué?! –se sorprendió Nico.

– Es que él tiene la costumbre de tocarme los mandos de la máquina. Cuando llegué esta mañana, el patrol estaba a medio freno, sin el seguro, y como recuerdo que lo dejé puesto, pues le dije, y ya sé que no se lo debía haber dicho así, pero me salió: "Mira, siciliano, no me toques los mandos del patrol, porque cualquier día tenemos un disgusto". Tu viejo me miró sin decirme nada, pero queriendo decir: "¡A tí qué carajo te importa!". Fue luego, al bajar del patrol, cuando me dijo sin mirarme, pero sintiéndole yo el coraje en la voz: "Mira, Suárez, no me digas siciliano como si quisieses decir otra cosa, porque yo tengo un nombre, que es Anastase Santo, y a mí no me gustan esas cosas". La verdad, me duele habérselo dicho así, y luego me dio lástima, el viejo, porque

la culpa fue mía. Pero como sea, hay que decirle eso, porque algún día se le van los frenos y le pasa lo que a Komorsky. Tú sabes, el polaco aquel que se mató con el tractor detrás de los cerros de Santa Mónica.

– No –dijo Nico mirando lejos–, no sabía.

Ninguno de los dos, en los diez minutos que duró todavía el viaje, volvió a decir una palabra.

Anastase dejó el camino hecho y enrumbó su atardecer a campo traviesa, sobre los terrones y las olas quietas que habían modelado las cuchillas de las máquinas en este inmenso mar de tierra.

De lejos, semejaba un sembrado enorme, pero al pisarla se sentía que la tierra había sido tratada sin la ternura con que labra el arado. ¿Pero se iba él a poner sentimental por la tierra herida, por los árboles que tumbaban, por todo lo que le cercaba a él, corazón blando de campesino? Si quería seguir viviendo en este mundo, tenía que meterse en él y ser como los demás, como el tractorista.

A lo lejos, sobre el cogote del cerro, el patrol se recortaba contra el cielo como una gigantesca tara muerta. Este era su rumbo. Allí estaba su cama ambulante, que se quedaba donde le cogía la faena al anochecer.

Cuando Anastase llegó al pie de la máquina, ya se estaba muriendo el día.

Y se sintió solo, sin un árbol en el horizonte, sin una hierba cerca.

El viejo montó lentamente sobre el patrol, se sentó frente al volante y abrió su pan redondo en dos. Después, con la misma navaja, que estaba mellada y vieja, abrió la latica de sardinas y la vació sobre la miga del pan escurriendo el aceite hasta la última gota. Y sujetando el pan redondo con sus ásperas manos de campesino, lo mordió golosamente.

Cuando terminó de comer, ya estaba oscuro. Anastase comenzó a sentir el peso de la noche sobre sus riñones, que ya estaban resentidos de la brega del día.

Cuando saltó desde el peldaño de la cabina de conducir, los terrones se le clavaron en las plantas de los pies, a través de la suela de sus grandes botas de cuero, y el dolor le brincó hasta los huesos de la cabeza. Abrió lentamente un cajón de madera que tenía el patrol entre dos ruedas, como entre dos piernas, que parecía una urna pintada de amarillo, y sacó un pedazo grande de coleta.

Con unas cabuyitas que le colgaban de las cuatro esquinas, amarró el saco de forma que tapase el espaldar hueco de la cabina, que era un esqueleto de hierro con sólo el techo.

"Ahora no importa –dijo el viejo en alta voz–, pero en la madrugada se mete una brisa fría que entra en la carne como un alfiler".

Después que amarró las cuerdas, volvió a bajar, más despacio que antes, y esta vez sacó una cobija que tenía dos agujeros bastante grandes; la sacudió con tres pequeñas explosiones de aire, y subió con ella al vehículo. Después, se echó cuidadosamente sobre el asiento en lo que daba de largo, que era un metro, plegando las piernas, como quien conoce la técnica.

Este olor a aceite y a grasa le transportaba todas las noches al garage de Mateo Ianisi, de donde sale el autobús para Mesina.

Rosa y él bajaban al pueblo una vez al año con su familia, temprano en la mañana, para hacer este viaje. Llegando a Mesina, se coge el tren, y cerca de la estación Olivero queda la iglesia de la Madre de Tindari, una Virgen negra que es muy milagrosa. Su mujer, que sufría de ataques, había hecho la promesa de visitarla cada año por las fiestas.

Anastase tenía un ojo abierto, apuntando con la silueta de una pieza del patrol a una estrella que asomaba entre dos nubes, a ver si se movía.

"No, no se mueve", dijo.

Esta era una maña suya para engañarse, a ver si dejaban de venir los otros pensamientos y se dormía.

Y no se dio cuenta de nada más hasta que se sintió otra vez despierto con un nuevo dolor en la cintura. Por el viento, que soplabla húmedo y tibio, supo que se acercaba una tempestad. Anastase estiró una pierna en la oscuridad y el tobillo quedó encima de algo que era como una cabilla: "el pasamano del asiento", pensó. Después alargó la otra pierna, calculando una altura a mano izquierda: "el volante". Apuntalado así, oyendo cómo la coleta cernía suavemente la brisa, alargó su sueño otro rato. Lo vino a despertar un nuevo dolor en el tobillo, que era como si le estuviese mordiendo un grillo. Entonces dobló el pedazo de madera que era su pierna, la puso con sus dos manos, para sentirla, anidada entre dos palancas de velocidades, que era una media caña suave, y se durmió otra vez con ese sopor de media muerte con que se le entumecía el cuerpo, y del que no se despertaba del todo hasta el amanecer.

Entonces pensó o soñó que ya era empleado fijo en la compañía. Porque ya hacía un año que trabajaba sin faltar un día, y no le iban a botar ahora, que tenían que pagarle todo lo que dice la ley. En su primer empleo, recién llegado, lo cogieron para un trabajo de apuro, y al mes, lo sacaron; después supo que era por no pagarle las prestaciones. Volvieron a tomarlo a la semana, pero a los dos meses escasos lo sacaron con un grupo grande; esta vez para que no tuviese derecho a reclamar el preaviso y las vacaciones. Lo volvieron a enganchar al día siguiente, pero como si hubiese comenzado de nuevo, poniéndolo otra vez a partir de cero.

El no quiso protestar. ¿Para qué sirve gritar, si nadie oye?

Después, en diciembre volvió a quedar sin trabajo y tuvo que defenderse hasta mayo con unas chapuzas, haciendo de todo. En mayo-junio es cuando comienza el peón a tener algún valor. Los vienen a buscar a la pensión, y los llevan en grupos, y con jornales de peón de hasta doce y trece bolívares diarios a los más fuertes. A él le ofrecieron once, porque sabía tumar un árbol. De peón-peón no le hubiesen dado diez. Eso dura hasta diciembre, que es cuando se terminan las obras en Caracas. Total, que lo que se ahorra en ocho meses se gasta en cuatro sin trabajo.

Pero a Anastase le fue bien en esta compañía, y lo retuvieron. Ya tiene un año cumplido, y le aumentaron un bolívar. Además le encargaron del cuidado del patrol de noche, porque le robaban las piezas.

La cama era dura, con esquinas como puntas de arado. Y escasa como una cobija que no alcanza sino hasta la cintura cuando donde se siente frío, un frío de hielo, es en la espalda. Anastase desenredó despaciosamente otra vez, sin abrir los ojos, porque la oscuridad era la misma, las guayas imaginarias que le tenían el cuerpo absurdamente amarrado rodilla con ombligo, mano con cuello, duros los huesos de casi sesenta años

como la tramazón de raíces de esos árboles que estaban tumbando, y pensó que para vida sin dolor, la de la máquina, con su asiento de hule gris impasible a pesar de sus hilos asomándole bajo el cuarteado de la pintura, su volante negro y sus palancas amarillas absurdamente tiesas, como soldados. ¡Lo conocía todo tan bien a punta de pie! Sabía a qué distancia terminaba el asiento, en qué curva arrancaban los hierros con bolas negras que eran los mandos de la máquina, y dónde comenzaba a mandar el arco grande y negro del volante.

¿Y si regresase a Sicilia? Sí –y la cabeza de Anastase se desperezó de sólo asomársele la idea–, ¿qué tal si ahora que tiene un año en la compañía y le tienen que pagar sus vacaciones y las demás prestaciones que marca la ley, y le toca cobrar más de cuatrocientos bolívares, no se embarca y se va?

Entonces fue cuando Anastase sintió una puntada de frío en el costado, y abrió sus dos ojos y comprobó, por lo negro del cielo, que ya estaba llegando desde alguna parte allá arriba, hacia Petare, la tempestad.

"Ya que te vas a mojar de cualquier modo, Anastase –se dijo con la filosofía de los que dialogan con la tierra y los elementos– no te muevas mucho y trata de dormir, que mañana es otro día largo de trabajo, y hay que juntar fuerzas para matar dos o tres árboles más".

Nico se iba a quedar. Ya el muchacho le advirtió que no regresaba a Italia; que él tenía mucho camino que andar en la vida, y que ya se acostumbraría a caminar por este nuevo de América, que era más largo y más ancho y que llegaba más lejos que el de su pueblo. Y era probablemente verdad, porque para los jóvenes todos los caminos nuevos son promesas. ¿Quién le dice a él que Nico no puede aprender a manejar un patrol como éste y ganarse sus treinta a treinta y cinco bolívares diarios, como Suárez? Pero a él, a quien no le falta voluntad, ningún compañero va a tener la paciencia de enseñarle, ni la compañía permitiría que él ensayase con la máquina, habiendo tanto que hacer.

Hacía ya un rato que estaban cayendo unas gotas gordas de lluvia, que sobre el cuerpo del patrol sonaban como golpes secos de hacha que llegasen desde dentro de algún bosque. A través de sus ojos cerrados, a Anastase le llegó dentro de la cabeza el resplandor de un relámpago. Esperó unos segundos con el oído fino y oyó reventar un trueno. Entonces se acurrucó más en su cobija. La coleta de la ventana soplaba como una vela rota, incapaz de mover la enorme máquina varada en aquel mar de tierra, donde Anastase hacía cada noche su viaje a Italia.

Cuando el viejo despertó de su sueño de madera, estaba casi amaneciendo. Ya se estaba esparciendo esa luz lechosa con que se anuncia el día cuando viene aterido, envuelto en nubes de agua. Y ya la lluvia era menuda, como una garúa, remojando silenciosamente el cuerpo grande del patrol. Entonces le llegó a Anastase desde el fondo de la quebrada un rumor de torrente.

"Ahora está llegando el agua de la montaña", pensó.

El viejo sintió que tenía el cabello mojado, y que su pierna izquierda chorreaba desde una punta del pantalón, y que tenía el brazo izquierdo enteramente mojado con el agua que le había ido trayendo sin ruido un cabito de la coleta.

Anastase levantó entonces sus dos piernas y las puso sobre el volante negro, y vio cómo le colgaban cerca de las palancas y del freno, que quedaba un poco más a la

derecha. Y se amodorró otra vez con la cabeza sobre el pecho, con las manos cruzadas sobre sus dos piernas.

Lo que soñó después fue que se le estiraba una pata, como si se le hubiese aflojado un tendón, y luego, que le arrastraba un vértigo, que comenzó a dolerle en varias partes del cuerpo a la vez, silenciosamente.

Todo sucedió tan despacio, que le dio tiempo a pensar en el polaco de que le había hablado Suárez, en los ataques de su mujer, en sus hijos y en la Virgen de Tindari, y dijo algo a Nico, que es lo que tenía más cerca, y pensó también en los cuatrocientos o quinientos bolívares que le correspondían de retiro para su viaje en barco.

Y aquí se le acabaron los pensamientos, como si la pesadilla se hubiese terminado cuando subía al vapor.

Cuando a la niebla le llegó la luz del sol para poder mirar las aguas crecidas en la quebrada, vio que Anastase seguía durmiendo allí abajo con las manos cruzadas sobre sus piernas, en una de aquellas posturas en que se acostaba sobre el asiento de hule gris del patrol; sólo que ahora la máquina parecía estar sentada sobre el breve regazo del viejo.

La llegada de Engracia

A Juan le amaneció su día en el muelle.

Destemplado por la vigilia, buscó el calor de un café. Se lo sirvió un chino en una taguara a dos pasos del muelle.

El puerto se desperezaba entre dos luces. Juan se quedó viendo los barcos recién lavados por la noche, que lo miraban mansamente desde sus ojos de escobén, amolando sus imponentes narices en el agua.

Fue leyendo "Stratford", Bergen", "Txori Mendi", deletreando, porque eran nombres extranjeros.

El no sabía leer y escribir tan bien como su mujer, que había estado sirviendo con unos señores en Madrid; pero podía llenar con sus gordos dedos de campesino dos hojas por las dos caras en una media tarde de domingo, después de la siesta.

Luego llegaba a la esquina de Carmelitas y ponía el sobre en un hueco que decía "Exterior", que era como dejarlo en Celanova, sólo que una semana antes.

No ponía sus cartas en cualquier buzón, porque bastantes se le iban perdiendo por el camino en estos últimos tiempos a pesar de ponerlas directamente en el Correo Principal.

Juan se admiró de haber escrito sin faltar un domingo durante tres años, y sintió el deseo de respirar hondo, como cuando uno encima una pendiente.

Luego terminó de sorber ruidosamente su café.

Juan, en mangas de camisa, con su pantalón del traje azul bueno ya un poco ajado de las lavadas, con sus zapatos de goma blancos acabados de comprar, pagó su locha y salió a caminar por el muelle.

Quería que su mujer lo viese así, limpio, próspero. No porque él tuviese pretensiones de ofrecerle ninguna jauja, pero sí para que desde la primera mirada tuviese la impresión de que le esperaba una vida sin hambre.

Había trabajado los días de punta a punta durante tres años para sacarla de servidumbre y traerla a vivir con él, que esa era su obligación de casado. Eso y darle una casa y darle hijos, que para eso vienen los hombres y las mujeres al mundo y se casan.

Hubo quien le dijo que casarse así, en vísperas de un viaje tan largo, era una simpleza. Pero él se echó sus cálculos, y Engracia también, y a fin de cuentas los que se iban a casar eran ellos dos. Sin eso, acaso tres años hubiesen sido demasiados para aguantarlos a pura carta.

Porque "amor de lejos, para pendejos", como se le reían sus compañeros de pensión.

Y Juan, recorriendo el muelle a grandes zancadas, pensaba que él había sacado bien sus cuentas antes de salir. Se casaron un sábado, gastaron el domingo entero y después la noche en una habitación del primer piso del Hotel Orensana, que queda al mismo apearse del tren y no era de los peores en Vigo, y embarcó el lunes, a las siete de la mañana, dejando a Engracia en el muelle con el aire de desabrigo de una huérfana. Llorando, claro está. Pero, ¿cómo no iba a llorar, la infeliz, si él mismo, que no

recordaba haberle salido un sollozo desde que se le murió Perdigón, un perro de caza muy bueno que tenía, tuvo que bajarse a la bodega del barco, que es donde hizo el viaje?

¡Pero tampoco era cosa de traerla sin saber cómo le iba a pintar la nueva tierra!

Y todo tiene su lado bueno, porque como no tenían hijos que cuidar, ni necesidad de atenderse el uno al otro, porque se bastaban solos, pues habían sido tres años de ahorros. Guardando ella, aunque era poco las trescientas cincuenta pesetas que le daban sirviendo en el Restaurant, y ahorrando él, que mes hubo en que consiguió meter al Banco hasta doscientos bolívares, que eso hecho pesetas eran casi tres mil. Total, que había mandado dos mil trescientos bolívares para comprar la casa donde vivían los padres de ella, en Casardeita, con sus buenas cuatro fanegas de tierra de cultivo, alcanzando hasta la parte alta del regato, y todavía le quedaban en el Banco sus buenos dos mil bolívares. Y además se había comprado una cocina de kerosén, una cama de matrimonio, que aunque de segunda mano era de lo mejor, y unos trastos más que poco a poco irían completando el ajuar.

Juan se sentó sobre una bita de hierro, y tentando el grueso cabo de la amarradura pensó que el apartamento iba a ser una buena sorpresa para Engracia. Porque la conserjería que había conseguido por recomendación del ingeniero era de limpia y de pulida que ni la casa de sus señores de Madrid. Tener casa nueva gratis, por sólo limpiar las escaleras, era de veras un regalo.

Juan se levantó y dio dos puntapiés a una lata vacía, como si de pronto se sintiese liviano como un muchacho.

"Ya se terminó el estar solo", se dijo.

Y ahora, desde la cumbre de la llegada de Engracia, la pendiente del tiempo que gastó esperando le parecía nada. ¡Y eso que sus tres años de Venezuela no habían sido precisamente un chorizo de días de Santa Agueda, que es cuando es fiesta de comer empanadas como ruedas y beber y parrandear en Casardeita!

Juan recordó entonces con regocijo, mientras caminaba de vuelta hacia el tarantín del chino, que para cuando tuvo tiempo de espabilarse en Caracas, ya le habían chupado los ciento treinta y cinco bolívares que trajo; que a él, cuando le cambió Don Isauro sus pesetas en Vigo, antes de embarcar, se los dio como si fuesen duros de plata. Después resultó que se los comió (mal comidos) en menos de quince días de pensión, como si se le hubiesen volado en medicinas; que a Dios gracias no le había dado todavía ni un mal de tripas.

Entonces es cuando se le ocurrió decir que era jardinero (que es lo que pedía el anuncio), que por otra cosa peor le hubiese podido dar en aquella zozobra de estarse mano sobre mano sin ganar ni para una mala sopa.

Así consiguió empleo en una quinta a trueque de "comida y habitación".

La comida era de pasar más que regular, que tampoco tenía él un morro tan fino; pero lo que le decían del cuarto era un catre puesto en un rincón del garage, donde también dormía el carro, que era un automóvil muy elegante. Allí aguantó dos meses. Y si no duró más no fue por los señores, que estaban muy felices de tenerlo por tan poco, satisfechos de estar haciendo, de rebote, una obra de caridad; sino por él, que no terminaba de verle la cara a aquel viaje a América.

Por fin alcanzó un trabajo de peón abriendo zanjas para una tubería por once bolívares al día, que ya era hora de sentirle el canto a un bolívar, porque él no le tenía miedo al trabajar.

Los primeros días tuvo el miedo de que este sol de por acá le iba a pegar el pellejo a los mismos huesos. Pero buche de agua va y buche de agua viene, aguantó regular, y como después se dio cuenta que el aflojar de vez en cuando no le iba a mermar el jornal, y que lo que apuraba el capataz no era mucho, pues se fue haciendo a las mañanas del trabajo, que para él era el pan nuestro empatar un día con otro sin pegar un sueño cuando apuraba el campo con la cosecha.

Entonces fue cuando se mudó de pensión a casa de Camilo, un paisano suyo que alquilaba cama con derecho a cocina por treinta y cinco bolívares al mes. Era un negocito de dormir cuatro hombres en un cuarto de tres brazas por dos, justo el sitio para montar los camastros sobre las maletas de madera y dejar un carrilito para llegar al catre, con un hueco de ventana que no daba para airear ocho pies de peón. En cuanto al derecho, había que turnarse en aquel infiernillo del diablo para hacerse la sopa de la cena y freir un pedazo de carne o de tocino para el almuerzo del día siguiente.

Pero lo que decía Juan para su camisa: a América se viene a sacrificarse y a ahorrar, porque para comido por lo servido se queda uno en su pueblo, que allí en cualquier apuro siquiera lo conocen a uno desde los abuelos.

Después, cuando terminaron de colocar la tubería, el mismo contratista lo llevó a un desmonte en Baruta. Desde allí se le hacía la pensión muy lejos, que era detrás de San Agustín, en el Cerro Marín; pero le daban doce bolívares diarios, y como además el capataz le tomó cierto aprecio y a menudo el trabajo cundía para meter algunas horas extra, pues se le iba redondeando su jornal de la semana en casi cien bolívares.

En Baruta, que es donde está ahora, se quedó trabajando en una construcción como carpintero ganando quince bolívares.

Esta era otra sorpresa para Engracia; ya no era un peón, ya tenía oficio; estaba seguro de que su mujer se iba a alegrar mucho.

Así andaban las cosas en la cabeza de Juan, que se había recostado contra el muro de la Aduana, cuando sonó el pito gordo de un barco.

Juan calculó por la altura del sol que serían apenas las siete.

Para cuando el barco arrimó su costado al muelle, ya estaba de gente que no se veía el piso.

Tropezando con su humanidad, recorrió la parte de muelle que ocupaba el barco como una docena de veces, y después de haber visto tanta gente y oído tanto grito, no se le quedó la imagen de una sola cara ni el acento de una sola voz. Era como en un juego de rompecabezas, en que uno va a buscar una sola pieza, sin fijarse en ninguna más, y sigue sin conseguirla.

Y por tanto era el "Marqués de Comillas"; lo podía leer en letras tan grandes como cabezas, y todo el mundo hablaba del barco.

Entonces intentó subir por aquel camino de tablas para preguntar por su mujer; pero no dejaban acercarse a nadie que no tuviese uniforme o mostrase un papel. Juan, con esa su cara de pan redondo, sus ojos mansos de buey, veía desde el tinglado de madera cómo algunos abrazaban a su gente allá arriba.

A Juan le venía y le iba una cosa que le ponía a veces el estómago en la misma boca. El, que siempre era tan sosegado, estaba ya con ganas de abrirse paso a manotazos. Pero lo retuvo su buen natural de siempre.

A las tres o cuatro horas, que Juan no sabe ni cómo terminaron de irse, porque parecía que todo se quedaba quieto y se fundía en aquel calor pesado y húmedo que envolvía el muelle, es cuando montaron una mesita al final de aquel pasillo de madera arrimado al barco, y comenzó a bajar gente.

Primero salió una señora cargada de bolsas y paquetes; después otra señora con un muchachito; luego un hombre mayor, ayudado por alguien que sería su hijo. Así fueron bajando, uno a uno, como nudos de una cuerda que Juan quería ver pasar rápidamente hasta el cabo, a ver si al menos con el remate asomaba su mujer. Y mientras desfilaba despaciosamente tanto bulto extraño a su inquietud se le iban reventando en su sesera unas como burbujas de aire. Tenía a ratos la sensación de estar soñando, o de que todo en su derredor estaba endemoniado o que el café tinto que le dio el chino esta mañana le había sacado de sus cabales.

¿Y si a última hora le hubiesen cancelado a Engracia el pasaje, o alguien de su casa estuviese enfermo, o ella misma se hubiese sentido mal repentinamente antes de embarcar o se hubiese enfermado en el barco y la tuviesen acostada?...

¡Sí que estaba todo endemoniado, porque su mujer estaba allá, en el barco; la acababa de ver; no cerca del puente, sino detrás, hacia popa, mirando al muelle!

– ¡Engracia! –gritó Juan con una voz que le salió bien rara, por cierto.

Y ella, ¡sería infeliz!, dale con su pequeño movimiento de la mano, y lloriqueando.

Por un momento, Juan tuvo la impresión de que Engracia estaba mirando para otra parte, y gritó de nuevo para sacar su cabeza de voz por sobre aquel mundo de acentos que nació sobre el muelle con la llegada del barco, y se acercó braceando entre la gente; hasta que consiguió que ella reparase en él. Entonces Engracia comenzó a llorar del todo, y Juan a hablarle desde el muelle sin apenas aire en los pulmones, preguntándole a voces que dónde había estado, que no la había visto.

Ella, con un vestido rojo y blanco, con el pelo negrísimo cogido atrás en una sola trenza, luciendo más bonita que nunca, pronunció a trompicones dos o tres palabras, y después dijo al joven que estaba en el muelle, que no se fuese, que irían juntos.

Entonces Juan saludó cortésmente al hombre que estaba a su lado.

– Está emocionada, ¿sabe? –le dijo después, por añadir algo.

– Claro –le contestó el joven de las maletas de cuero–, después de tanto tiempo...

Entonces Juan, con su emoción y todo, y mientras observaba a hurtadillas cómo avanzaba su mujer por la cubierta del barco hacia la salida, se ocupó de ser cortés, y con la voz delgada que le salió le preguntó la tontería de si también él había venido en el barco.

– Sí. Como no lo veíamos a usted, pensaba ayudarla.

Juan dio las gracias al joven, que vestía un traje nuevo muy elegante, y quedaron en que podían subir juntos.

Y efectivamente, a la una y cuatro minutos en el reloj de la Aduana salieron con los baúles y cajones de madera de Engracia y las maletas de cuero del joven, que dijo llamarse Pedro, a buscar un carro por puestos.

Juan no tenía ojos más que para su mujer. Engracia estaba un poco más delgada, más elegante; con los ojos un poco tristes, pero dulces, y a la vez así como maliciosos, con los labios pintados y con unos zapatos de tacón que le daban cierto aire como de artista de cine.

Juan se sintió un poco incómodo en mangas de camisa, sudando como un cargador de muelle. Le parecía todavía mentira que tuviese ya a Engracia con él. ¡Tantas emociones en aquel día endiablado! El aguantaba ciento cincuenta kilos sobre los hombros; pero con otro susto como aquél, le daba algo. Sólo tenía un reproche que hacer a Engracia cuando llegasen a casa. Era verdad que había mucha gente en el muelle, y tampoco se puede poner uno a dar besos en plena calle, pero podía haberse dejado abrazar cuando él trató de hacerlo, puesto que eran marido y mujer.

Cuando Juan corrió a la línea de carros, consiguió el automóvil de turno aún vacío. Entró él primero, junto al chofer, tratando de que su mujer se le acomodase al lado, en la ventana. Pero un gordito se le fue detrás y trancó la puerta con una autoridad que no le dejó tiempo ni ánimo para hablar.

Si Engracia se hubiese apurado un poco, estaría ahora a su lado.

Ella se fue detrás sin un gesto de contrariedad, y se quedó mirando por la ventana.

Juan comprendió que su mujer debía sentir curiosidad por conocer el nuevo país, y le fue señalando algunos puntos del recorrido, mientras los demás pasajeros escuchaban en silencio.

Ya en la autopista, el chofer picado de viruela prendió la radio. Como el volumen del aparato era el de los carritos por puestos, pues no hubo oportunidad de que se oyese más voz que la del locutor, y unos trompetazos como para volver loco a un dueño de alta fidelidad.

Juan volteaba de vez en cuando para sonreír con toda su boca, y ella, eso sí, le sonreía también, pero a pedacitos, como con pena. Juan, sudando entre el chofer picado de viruela y el gordito del bigote mosca, pensaba en lo infeliz que era su mujer y en lo dulce que sería estar junto a ella.

Cuando llegaron a la placita de Catia, se bajó el gordo del bigotito a lo Joe Louis.

Entonces Juan casi gritó:

– ¡Engracia!

Todo el mundo en el carro la miró. El joven que vino en el barco con ella, el señor del sombrero que venía en el medio y el chofer.

Este bajó el volumen de la radio y cambió a otra música que decía: "¡Tírame esa papa, Leonor!"... Engracia, en el rincón, se sonrojó toda, y al fin dijo:

– ¿Qué quieres?

Y él, bajando la voz, los ojos ansiosos, dijo con un gesto espectacular:

– ¡Que te vengas, mujer, que tienes un lugar aquí!

Ella trató de abrir la puerta. Le ayudó el señor que estaba entre ella y el joven del barco, y Engracia se vino cerca de su esposo.

Juan dio las gracias ostentosamente, volteándose casi de cuerpo entero, y después le hizo más sitio a su mujer, que ya de por sí se había quedado más cerca de la puerta que de su marido.

El carro estaba llegando a El Silencio, y todavía Juan no había conseguido dar con la mano de Engracia.

En El Silencio se apeó el señor del sombrero.

El joven del barco preguntó que dónde estaban. Cuando le dijeron que aquello era el centro de la ciudad, pidió también que le bajasen las maletas, y se apeó del carro.

– ¿Dónde piensas irte, Pedro? –dijo Engracia mirando por la ventana.

– ¿Ustedes siguen adelante? –contestó el joven con una pregunta general, mirando más hacia Juan que hacia su mujer.

– Sí, vamos hasta casa en carro, porque llevamos los baúles –dijo Juan.

Y añadió:

– ¿Tiene alguien conocido en Caracas?

– No, no tengo a nadie... Pero buscaré una pensión. ¿Puede decirme de alguna por aquí cerca que no sea muy cara?

– Usted no es gallego, ¿verdad? –preguntó intempestivamente Juan.

– ¡No, hombre no! –se apresuró Engracia sin mirar a su marido.

– Soy madrileño –dijo el joven.

– No –se apuró Juan a aclarar–, es que si no, podía haber ido a la pensión donde estuve yo; mi cama estará aún libre; entre la misma gente de uno siempre es más fácil al principio, y allá es barato...

– ¡Si él es oficinista! –le interrumpió con aire de reproche su mujer.

Juan convino con el gesto que efectivamente, su mujer tenía razón, que la pensión no daba para tanto.

El joven no mostró mucho interés por la pensión. Pero tampoco parecía decidido a irse. Ya el chofer picado de viruela rezongó algo y prendió el carro.

– Un momento –dijo Juan, y puso su boca en la oreja de su mujer y le echó un chorrillo de palabras al oído.

– ¡No, no, a casa no!...

La voz de Engracia llegó al joven distintamente, y así las cosas, hubo un pequeño embarazo en la despedida. Pero Juan insistió en ofrecerse en su casa para lo que podía servirle.

– Pobrecito –dijo a su mujer cuando arrancó el carro, pensando en sus comienzos de hace tres años.

Engracia no contestó.

Cuando entraron en la conserjería, que era una planta baja, Juan vigilaba el menor gesto de su mujer. A Engracia le gustó la casa, pero no fue ningún escándalo de alegría, como se imaginó Juan.

Después, aquella primera noche no fue tampoco como pensó Juan que sería. Pero él había oído de muchas lunas de miel que comienzan así, con remilgos y angustias, y como Engracia, a pesar de lo de Vigo, era tan infeliz, pues le pareció natural que esta primera noche quedase cada uno en una esquina de la cama.

A la mañana siguiente, para cuando Juan se despertó (y tenía el propósito de levantarse él primero para llevar a su mujer el desayuno a la cama, delicadezas de recién casado) Engracia se había vestido y estaba tiesamente sentada en el borde de la cama.

Juan se asustó por algo que no acertó a comprender muy bien. Entonces, muy fuera de su manera llana y brusca de ser, fue delicado con ella, la hizo acostarse, vestida y todo, se fue a la cocina y le llevó un vaso de café con leche, colocado finamente en un plato con flores rosadas que había comprado él mismo.

Como tenía que irse a trabajar, pues no alcanzó entonces a hacer nada más; pero Juan se fue al trabajo con un dolor raro dentro del pecho.

Y con el calvario de las bromas de sus compañeros, maliciando los incidentes de la primera noche con su mujer, a Juan se le alargó este lunes como nunca se imaginó que podría estirarse un día.

Cuando regresó a su casa eran las cinco y media. Lo vio en un reloj de anuncio, frente al edificio. No hubiera podido ser en autobús, tan temprano. Había cogido un carro de alquiler, a ver si le robaba unos minutos a la espera.

Primero tocó un timbrado corto, y esperó. Después dos corticos más, y al rato otros dos más largos.

Como no atendía nadie, tuvo que abrir la puerta él mismo, con su llave.

Y llamó, buscándola por toda la casa, que no era muy grande.

Podía estar Engracia en algún abastos cerca, comprando... quién sabe qué.

Era una posibilidad.

Pero a la inquietud de Juan le nacieron, en el corto instante de tomarse un vaso de agua, unas hilos largos que se enredaron en su cabeza.

Entonces buscó en el escaparate. Los vestidos de su mujer y los cajones de madera se habían ido.

Su mujer no los necesitaba para ir de compras, desde luego.

A Juan le amaneció su día oscuro en la cocina a través de un ventanuco que daba al patio, como dan casi todas las conserjerías.

Fue el primer día en tres años que Juan no tuvo fuerzas para ir a trabajar.

El asalto

El pulpero estaba despachando a una mujer.

Era un negocito de cuatro metros por tres, un tarantín. Pero tan colmado de latas que se perdían los clientes. A un lado había una cortina colorada tapando un vano estrecho.

La otra puerta daba a una calle ciega, en la que había mucha basura esparcida en los rincones y olía muy mal.

El portugués estaba entregando a la mujer del vestido de percalina azul su medio de papelón cuando entró al negocio un grito macizo, que no parecía de un solo hombre. Ella brincó a la puerta y se quedó viendo, sin decir nada.

Fue la mujer del portugués la que apartando la cortina preguntó a su marido:

– ¿Qué passa, Anelso?

– Nao sei, unas voces...

Y ya fueron dos las mujeres apostadas en la puerta amarillo y azul del negocio "Nova Lisboa".

– Fátima –preguntó el pulpero sin levantar la voz–. ¿Qué passa?

– Nao sei, gente que vem.

La mujer del vestido de percalina azul se fue, y el pulpero no dijo nada; debió vender fiado. Ya el hombre se estaba metiendo entre las torres de latas cuando invadió el negocito un estruendo de voces, como un golpe de ola grande inunda de agua una lancha pequeña:

– ¡Abajo los esbirros!...

Anelso, cachigordo y saludable, con el cabello y los ojos y la piel oscuros, de moro, y Fátima, chupada y vercosa, como si estuviese saliendo de un mal parto, estaban asomados a la puerta juntos.

– ¿Qué será, Anelso?

– So debe ser... algo de la revolución... –le contestó él, viendo los carteles y un muñeco de paja con su pistolón de madera colgado de la cintura.

La ola humana pasó por delante, avanzó hasta el fondo del callejón y batió un grito contra el muro de la casa color azulillo, que tenía dos ojos de celosías descoloridas y una puerta baja pintada de amarillo, como una nariz.

Entonces la ola humana recobró su nivel, y hubo un hombre que hasta entonces parecía como los demás, pero que se paró sobre un pipote de basura y dijo al barrio:

– ¡Compañeros!...

Y después que tuvo todas las cuerdas de la atención en sus manos explicó a gritos, que aquello que estaban haciendo era una revolución contra la tiranía, que los verdugos de la Seguridad Nacional tenían que pagar sus crímenes, que la justicia era del pueblo.

Fue cuando se alzó por sobre los techos rojos y los de lata aquel haz terrible de gritos, y la muchedumbre se movió en el callejón a la manera como después de un palo de agua se colman los huecos de los desagües y desbordan las calles buscando salida.

Hasta que las gentes regresaron otra vez a sus propias voces, y comenzaron a cansarse y preguntaron que dónde estaba el esbirro, que a qué habían subido hasta aquella parte tan alta de la ciudad.

El líder estaba en aquel momento agachado en su plataforma, poniendo oídos a la voz de un viejito que parecía muy excitado.

La pulpería del portugués había quedado atrás unos metros.

– ¡¿Quemamos el muñeco?!...

El muchacho que llevaba el monigote de paja prendido a un palo se negó a entregar su trofeo. Pero la marea de manos le rebasó pronto la cabeza, y a poco le falta tiempo para escurrirse entre el remolino de patadas y pisotones que lo sumergía sin remedio.

Cuando consiguió la orilla de la multitud, parecía un náufrago.

Y un hombre ya calvo gritó:

– ¡Un fósforo!...

– ¡Qué fósforo!... –replicó el líder, que regresaba entonces de las confidencias del viejo del bigote blanco a la realidad de aquel tumulto.

Y con una voz hueca que no le hubiese reconocido nadie de su familia, insistió:

– ¡Calma, compañeros, pongan atención!... ¡La revolución contra los criminales agazapados tiene que seguir adelante!...

– ¡¡Viva!!... –dijo una mujer que estaba parada frente a la pulpería con una lata de agua sobre la cabeza.

– ¡Compañeros: acaba de informarme un vecino de este barrio de San José que en este mismo lugar en que estamos parados está la casa de un esbirro!...

– ¡Abajo!... ¡Muera!...

Un mozalbote montó de un brinco sobre el pipote, y en los dos segundos que le duró el equilibrio gritó:

– ¡Compañeros, a colgarlo!... ¡Viva la revolución!...

Ya el viejo del bigote blanco estaba golpeando la puerta amarilla del fondo con un coraje de muchacho en los puños:

– ¡Aquí es, aquí es!...

El muro de azulillo pareció vacilar en todo el frente de su cuerpo retaco de tierra pisada. Le vaciaron el ojo de una ventana, y luego le tumbaron la puerta, y por ahí se le metió un chorro de gente y de gritos dentro; hasta que se llenó.

El portugués hizo la observación a su mujer:

– ¿Dónde cabrá tanta gente ahí?...

Asomaron dos cabezas a la ventana:

– ¡La casa está vacía, no hay nadie!

– ¡El esbirro se escapó!

Sacaron una cama en piezas, con un colchón de tiras rojas destripado; y también arrojaron a la calle, por las ventanas y la puerta, en lo que se abría un hueco, peroles de cocina, una ponchera, imágenes religiosas y unos encuadres feos de cartones de almanaque con mujeres desnudas, y unos asientos verdes de imitación de cuero muy feos.

Alguien que sacó una lámpara de kerosén, la lanzó contra el montón de trastos en la calle, y el viejito, que debía tener algo personal contra el agente de Seguridad que vivía en la casita, sacó un fósforo y le prendió candela.

En unos minutos, el callejón era un soplete.

La gente fue abandonando la casa, y poco a poco saliendo del rincón, hasta agolparse detrás del horno, frente al abasto.

– Anelso, mejor cerramos el negocio.

– No –contestó el hombre al oído de su mujer–; si nos ven cerrar ahora va a ser peor.

Los escasos muebles del agente de la Seguridad Nacional ardieron durante un cuarto de hora.

Entonces, cuando lo que quedaba eran unas brasas, alguien recordó el pelele de paja:

– ¿Quién se quedó con el muñeco?

Los ojos de la multitud abandonaron el fuego y se miraron, buscando el monigote.

El muñeco de paja no apareció.

El jefe recordó entonces con voz de a pie, que la revolución no podía detenerse, que había que continuar adelante.

Fue cuando alguien, mirando al negocio del portugués, gritó:

– ¡Abajo los extranjeros!...

La estrecha puerta de la pulpería se vació, porque el portugués y su mujer dieron un paso atrás como un brinco. El pulpero pegó un portazo, y cruzó la tranca.

La multitud oyó el golpe, y vio unas letras torcidas escritas con yeso que decían: *latuía*,

con un mono al lado, sobre el fondo amarillo mugroso de la puerta.

– ¡Portugués del carajo! –dijo un grandulón amenazando con el puño.

El matrimonio se agarró las manos en lo oscuro, para sentirse juntos.

Luego, el ojo del pulpero encañonó el hueco metálico de la cerradura.

– ¡Un momento! –oyó decir al líder–. ¿Quién conoce aquí al portugués?

Aquel mar alborotado de cabezas encendidas al sol que veía Anelso desde su escondite se calló en un silencio que no pudo escuchar entero, porque le estorbó el llanto de su mujer detrás de la cortina.

– ¿Dónde está el compañero que acusó al esbirro?... –insistió el hombre.

El pulpero rastreó con su ojo de hierro en pos de la cabeza del viejo Molina, que era cliente suyo.

– ¡Anelso, ven!... –exigió ella desde el cuarto.

El pulpero ya no pensó sino en su mujer.

Sorteó las latas en lo negro, y apartando la cortina encuadró su humanidad en el quicio lo más calmoso que pudo:

– No tengas miedo, mujer, que siempre podemos salir por el patio.

De regreso a la cerradura, recogió apresuradamente de la gaveta unos puñados de monedas que metió en los dos bolsillos del pantalón.

Las briznas de luz que se le colaban a la puerta por las rendijas le resbalaron en el sudor de su cara como pequeños relámpagos.

La cerradura vio que la mirada de la multitud estaba fija en la boca del callejón.

Y se oyó la respuesta entrecortada y lejana:

– Bueno, este... Ese portugués, así, malo, no es...

El pulpero observó un gran desencanto en los semblantes.

– ¡Ese viejo –dijo alguien que Anelso no alcanzaba a ver– es un pendejo!...

– ¡Dejen al viejo! –gritó una voz de mujer, que parecía venir desde el otro lado del humo y de las cenizas.

– ¡Dejen al viejito en paz y vamos con el portugués!...

La voz era del muchacho que disputó antes la plataforma al líder, y que ahora estaba junto a él, de espaldas al ojo de la cerradura.

Fátima, con la cara afilada, los ojos afiebrados y hundidos, halaba de la sudada camisa de su marido:

– ¡Anelso, vamos, por Deus Santo!...

El niño estaba plácidamente dormido en un regazo de trapos limpios.

El pulpero tenía dividida la atención cuando oyó que el líder decía:

– ¡Yo no quiero que bajo mis órdenes!...

El estruendo de la chifla entró por la cerradura de la puerta como por un oído; y la oscuridad del negocio se llenó del silbido como de una sacudida eléctrica.

Y luego retumbaron las voces como truenos:

– ¡Compañeros, adelante!... ¡Abajo los extranjeros!...

– ¡Abajo, muera!...

El pulpero se escurrió de los brazos de su mujer.

Cayeron los golpes en la puerta al mismo compás que se movía la camisa blanca en la boca de la cerradura. Y se sintió en la puerta un empujón, casi sin ruido, pero muy poderoso, que apuró la tranca de palosano.

Entonces fue cuando el portugués se asustó.

Corrió a través de la cortina, y tiró de la mano de su mujer hasta sacarla al patio.

El corralito tenía unos muros bajos de bloques. Anelso cogió al niño y ayudó primero a saltar a su mujer. Después pasó al pequeño por encima de la tapia y saltó él, mirando recelosamente para atrás, porque se oían los gritos cerca.

La pareja corrió calle arriba, lo más disimuladamente que pudo, hasta que se detuvo un carro de alquiler.

En los Dos Caminos había un compadre suyo, carpintero, trabajando en la construcción de un edificio.

Anelso esperó hasta el atardecer en una pensión de la parte baja de Campo Claro, donde se hospedaba su paisano, y en la tardecita se fueron los dos hombres en autobús hasta San José.

Dejaron a Fátima en la pensión, con el pequeño.

Asomaron al callejón con mucha cautela; pero nadie reparó en ellos, y llegaron hasta la puerta del tarantín, que estaba reventada. Lo que quedaba dentro eran pedazos de estantería, un escaparatito con los vidrios rotos, y la nevera, que tenía la puerta

abierta. No quedaba una sola lata. Lo que encontró Anelso en un cajón fue un puñado de velas de a locha. Dentro de la habitación, estaba todo revuelto, pero no faltaba nada.

Anelso reunió los pedazos de puerta que pudo, y entre los dos taparon la entrada. Y reforzaron la compostura con la tranca, que estaba entera.

– Aguantó el palo sin partirse –dijo Anelso.

– Sí, esa es una madera muy dura. Lo que cedió fue la puerta. Ahora, que no se lleven la nevera –le advirtió su amigo.

– Mañana por la mañana mando componer la puerta –dijo Anelso.

– Yo te hago el trabajo. Cómprame la madera, y te coloco mañana una puerta nueva.

Salieron por el corral. Anelso llevaba una cobija debajo del brazo.

– Porque Fátima siente mucho frío de noche –explicó a su paisano.

Iban caminando, en dirección a la parada del autobús, cuando dijo el carpintero:

– Tu mujer estaba muy asustada.

– Ha sido un susto grande; creía que nos mataban.

– Pero lo importante es que salvaron el pellejo –dijo el amigo para animarle.

– Salvamos el pellejo, pero nos llevaron el negocito.

Los dos amigos quedaron esperando el autobús en una cola ya bastante larga, porque el toque de queda era a las siete.

– ¿Cómo te iba ahora el negocito?

– Regular; pero tenía aún bastante mercancía fiada. No sé si podré conseguir más crédito.

En esto llegó el colectivo.

Ya corría el autobús (¡cómo vuelan esos aparatos!) por Chacao, y ellos dos sin cruzar palabra, cada uno a lo suyo, que era la misma cosa.

Cuando a Anelso se le ocurrió decir en voz alta:

– Yo creo que Fátima no se siente bien.

– ¿Por qué?

– Vomitó un poco de sangre esta tarde, en la pensión.

– Eso tiene que cuidarse mucho. ¿Ella no se había curado del todo?

– Bueno, los médicos de El Algodonal me dijeron que sí; pero ella no debió tener el muchacho.

– Eso es falta tuya...

Cuando bajaron en el semáforo de Campo Claro llevaban un tiempo sin cruzarse palabra. Después caminaron hasta la pensión, que quedaba hacia La Carlota, un trecho largo.

En la entrada de la casa había un grupo de gente.

– Ahí pasa algo –dijo el carpintero.

Anelso corrió dentro.

Y apenas alcanzó a hablar unas palabras con su mujer, que acababa de morir de una hemoptisis.

A su lado, en una cunita improvisada con un cajón de madera y una cobija de algodón, dormía plácidamente su hijo de un mes.

El espía

Era domingo, y la pensión, que los días de labor se espabilaba con la luz del día, estaba estirando el sueño con la fruición del que está gozando un pecado.

Sólo Tomaso se despertó a las cinco y media, como un reloj.

La pieza era como un cajón de bastidores de tramoya; cabían justo cuatro camuchas. Tomaso se quedó viendo un rato el resplandor blanco que comenzaba a adherirse al techo de caña. Había en la pensión diez compartimientos de cartón-piedra respirando por un cielo raso común, desde una ventana que daba a la calle. Luego se puso a escuchar el estertor lento y poderoso de un fuelle grande, y olfateó con asco el aire espeso y caliente que estaban respirando con fruición sus compañeros.

El aire de la pensión se distribuía con mezquindad, como la comida.

A Tomaso, que era albañil y no había cumplido los treinta, le comenzaban a sobrar algunos pellejos en la papada, y sólo le quedaba una rodezuela de pelo, como algunos frailes. Lo comprobaba con cierta angustia todas las mañanas del mundo, y se untaba con menjurjes por las noches, a ver si se le iban.

Buscó a tientas, debajo del catre. Luego salió al zaguán y se puso a limpiar unos zapatos marrones de gamuza que tenían una puntera afilada y un tacón de más de un dedo. Por un momento, el refregón flotó por encima del rumor de fuelle, que era el resuello de cuarenta hombres dormidos.

Sacó de debajo del camastro, sin hacer ruido, una tosca maleta de madera pintada de marrón. Desenjauló una camisa blanca con listas azules, una corbata roja, y después una funda grande y colorada de celofán, como un enorme caramelo, donde conservaba el pantalón del traje azul.

En la pieza se esparció una tufarada de alcanfor.

Cuando salió ya vestido al corredor, que era una fila estrecha de puertas, vio que Giuliana, la dueña, había prendido la luz de la cocina.

– Bon giorno, Giuliana. Mi dai il "saco"?

La dueña de la pensión era una napolitana gorda y sentimental que había convertido su escaparate de matrimonio en la caja fuerte de la ropa dominguera de los pensionistas.

– Non andare in chiesa, es pericoloso!... Non ai sentito é tiri di fucile questa mattina?!

Tomaso no había escuchado ningún ruido en toda la noche; y tenía que ir a misa, por la promesa.

– La promessa che ai fatto a Cristo del pane e il formaggio se trovarti lavoro? Tu credi che te labbia trovato Lui?... Infelice!

A Tomaso le dolió mucho la irreverencia de la dueña.

Cuando asomó a la puerta, empingorotado, oloroso a colonia como un frasco, llegaba la bicicleta del pan.

El portugués cortó apuradamente el espeso ambiente del pasillo.

Tomaso lo esperó a la vuelta:

– Cosa pasa in la calle?...

– S'oye mocho tiro...

Y arrancó cuesta abajo, con una pierna tiesa sobre el pedal, balanceando algún desnivel del cajón del pan.

Tomaso se quedó viendo un rato aquella luz suave, de sombras largas, que se le estaba metiendo a la calle por la boca de la esquina de Abanico.

"Tienes que ir a misa, Tomaso –se dijo– porque esta es una promesa que hiciste al Cristo de Burgos. Se lo dejaste escrito en su nicho de la puerta de vidrio, junto al pan seco y al queso que tiene pobremente a sus pies. No te vaya a castigar ahora quitándote el trabajo"...

Mientras cavilaba así, había regresado a la pieza. Ya dos de sus tres compañeros de cuarto estaban despiertos.

Fue cuando sonó el tiro.

Renato se despertó:

– Cosa e!... Fucile!...

Había reventado en la misma cuadra.

El pasillo de paredes de cartón se pobló de hombres desnudos y en calzoncillos. Todos oyeron un frenazo, como un grito, y un trote flaco de botas en la calle. Desde el fondo de la cocina, Giuliana barrió el paso con una sola voz:

– Giardino!... (Giardino era su marido).

Flotó por sobre las divisiones de cartón, como los olores y los ronquidos, un como zumbido de tres docenas de hombres.

Y el rumor de botas irrumpió diciendo:

– ¡Las manos sobre la cabeza, todos, carajo!...

Giuliana vio desde el otro extremo del corredor a tres policías atropellándose con sus fusiles en el pasillo. Fue cuando Tomaso asomó a la puerta y casi se le mete un cañón por el mismo ojo.

Ya todos los pensionistas asomaban sus cabezas por sobre los bastidores.

– ¡Todos con las manos arriba! –gritó el cabo haciendo un abanico con su fusil ametrallador.

Al corredor le salieron ochenta brazos.

– ¡¿Quién disparó desde la ventana?!...

El cabo no movía el bigote para hablar; las palabras le salían de entre las junturas de los dientes, que los tenía muy herrumbrosos y separados.

Giuliana, que ya estaba cerca del cabo, le dijo valientemente:

– Señor oficial, aquí no ha habido ningún tiro.

– ¡El tiro salió de aquí! –y el cabo buscó hacia el fondo del corredor.

Un agente estaba guardando la puerta del zaguán. El otro miraba todavía recelosamente a Tomaso, con el fusil pegado a su barriga.

Fue cuando cayó en la sospecha del cabo:

– ¡Y usted, ¿qué hacía vestido?!

Tomaso miró con ansiedad. El corredor, con las hileras de brazos asomándole a lo largo de las mamparas, parecía un ciempiés muerto. Luego vio a Giuliana, y le vino la ridícula idea de cómo sabía el oficial que todos los demás estaban desnudos. Y

sorpresivamente, apuntando con la vista a los ojos del que le estaba clavando el cañón en el ombligo, dijo con un timbre de voz grotescamente alto:

– ¡Señor oficiale, io andare a la iclesia!...

Reventaron media docena de risas discretas, como burbujas, en lo alto del pasillo; el cabo se tragó los dientes para conservar su dignidad, y dijo al policía:

– Déjalo, que éste no se escapa.

Luego añadió mirando a la caña brava del techo:

– ¡Ahora se me ponen todos sus pantalones y me salen al corredor, que quiero verles bien las caras, y que nadie se me mueva mucho porque le pego un tiro!...

En dos minutos, los italianos, en pantalón y franela, estaban apretujados en el zaguán y un pedazo de corredor.

El cabo buceó con malicia de campesino en todos los ojos, y estuvo seguro de que ninguno de ellos les había encañonado un arma hacía unos minutos.

– Bueno –dijo alzando la voz–; yo no tengo nada contra ustedes, pero aquí sonó un tiro, y tengo que llevarme un responsable de esta pensión.

El cabo miró a Giuliana.

La dueña vio primero a su marido, que era el desmirriado que estaba junto a la puerta, y luego a los pensionistas, y regresó a la mirada del cabo, que no la había perdido de vista.

– Entonces –dijo el cabo mirando hacia Tomaso– nos llevamos al fraile, que está vestido.

Al albañil se le nubló el corredor, y le creció delante, monstruosamente, la figura del cabo. Sus compañeros ya no tuvieron humor para celebrar el chiste.

Lo sacaron por delante, blanco como la leche, y le hicieron montar al jeep bajo la mirada de todos los ojos que cupieron en la ventana y la puerta de la pensión, y la de todos los vecinos, que ya estaban asomados a las rejas desde que sonó el tiro.

– ¡Esos son los extranjeros, que se meten en todo! –dijo una voz de mujer cuando arrancó el vehículo.

La pensión cerró la puerta y la ventana.

Cuando el pulpero de la esquina de Abanico abrió su puerta metálica con aquel chirrido de siempre, ya se había formado la tertulia comentando el tiroteo que había habido frente a la pensión, y la detención del italiano, que era espía.

La amenaza de asaltar el "Hotel Nápoles" duró todo el día.

Cuando tumbaron la puerta fue ya al anochecer. Los treinta y nueve peones que pagaban 3,75 bolívares diarios por la pensión completa, y Giuliana y su marido Giardino, tuvieron que huir por el tejado. Los camastros y el escaparate de los trajes domingueros de los pensionistas se quemaron en el incendio.

Tomaso regresó en la mañana siguiente.

Le colgaba su traje azul como un trapo. Hurgó lo que pudo en las cenizas, pero se quedó sin los doscientos setenta y cinco bolívares que tenía ahorrados en su maleta de tablas pintada de marrón.

Luego, caminó hacia la iglesia de Altagracia, que estaba a sólo cuatro cuadras, para arrodillarse a los pies del Cristo de los tributos del pan y el queso que le consiguió el trabajo.

Pero a estas horas de la mañana, que era un lunes, las puertas del templo estaban cerradas.